

da que la que estriba en el valimiento de la que fué madre de la Madre de Dios? ¿pues qué devocion mas justa? Dichosos aquellos que se la profesan particular á la mayor Santa que parece hay en el cielo despues de María, y que llenos de confianza en su poderosa proteccion, la honran constantemente toda la vida.

PUNTO SEGUNDO. — Considera que para profesar una singular y tierna devocion á Sta. Ana, es tambien motivo muy poderoso su vida interior y escondida, una vida comun, que puede alentar á los mas cobardes para que seriamente se esfuercen á ser santos; los corazones pusilánimes y las almas tímidas como que no se atreven á tener la mayor confianza en aquellos santos cuya vida fué llena de hechos asombrosos, y cuya santidad se hizo principalmente recomendable por continuos prodigios de penitencia. Espanta á estas almas la memoria sola de las admirables austeridades de sus patronos; temen que si invocan á estos modelos de penitencia, les den en rostro con su tibieza y cobardía, y este temor por lo menos disminuye en ellos la confianza. ¿Pero quién no podrá imitar la vida interior, escondida y comun de nuestra gran Santa? ¿á quién podrá parecer muy elevado un modelo de perfeccion, que solo la pone delante las obligaciones mas comunes de su estado? ¿quién podrá imaginar que es muy dificultoso vivir retirado, y callar? Ninguno hay que no pueda imitar la vida interior de Sta. Ana, su silencio, su dulzura, su humildad; ninguno que no tenga espíritu y ánimo para vivir contento en el humilde estado en que nació, para pasar la vida en recogimiento y oracion. Esta facilidad de imitar la vida de Sta. Ana inspira no sé qué confianza en su proteccion, y hasta los mas tímidos se alientan á recurrir á ella en sus necesidades y trabajos. Por lo demás tampoco se puede dudar de su singular caridad para con los pecadores; como tiene tan estrecho parentesco con el Salvador, participa mas de sus máximas y de sus inclinaciones; animada del mismo espíritu, no puede menos de compadecerse tiernamente del deplorable estado en que se hallan. ¿Y la faltará el zelo de su conversion? ¿y dejará de emplear su valimiento con Jesucristo por aquellos que la invocan? Por eso se ha notado que la devocion á Sta. Ana ha crecido al paso que se han aumentado las necesidades de la Iglesia, y que nunca se ha profesado mas devocion a esta poderosa protectora, que despues que la herejía ha hecho tanto estrago en la viña del Señor.

Mi Dios, que teneis tan en el corazon la gloria de esta gran

Santa, y que tanto deseais que se estienda su culto cada dia; haced que profesándola de hoy mas una tierna devocion, tenga parte en su proteccion poderosa y en los favores que dispensais con abundancia á todos los que la honran.

JACULATORIAS. — Despues de tu Hija eres bendita del Altísimo sobre todas las mujeres de la tierra. (*Judith 13.*)

Gloriosa Sta. Ana, aquí teneis á uno de vuestros hijos, miradme como á tal. (*Joann. 19.*)

PROPOSITOS.

1 Estamos inconsolables si por inadvertencia no aprovechamos los oficios, ó malogramos los medios que se nos vinieron á las manos para hacer fortuna; mas fácilmente nos consolamos cuando por falta de medios perdimos un negocio de consecuencia. Mira si tienes algo que reprenderte en este punto, sobre todo en el negocio de tu salvación y acerca de esta devocion. Tenemos gran necesidad de protectores con Dios, y no se puede dudar que Sta. Ana es una protectora muy poderosa. ¿Qué devocion has profesado hasta ahora á esta gran Santa? ¡Ah, que quizá la has mirado hasta aquí con tanta indiferencia y con tanto olvido, que acaso por esto no te has librado de muchos trabajos! Remedia desde luego una negligencia tan perniciosa; pon desde hoy mismo tu persona y tu familia debajo de su poderosa proteccion, pidiéndola perdon de tu negligencia. Todas las cristianas familias debieran estar como dedicadas á Sta. Ana; y así, escógela por tu protectora desde este mismo punto. Nada se pide á Dios con la debida disposicion, que no se consiga á ruego suyo. ¿Qué podrá negar Jesucristo á la intercesion de Sta. Ana? ¿ni cómo puede menos de interesarse eficazmente la santísima Virgen en todo lo que pide su querida madre?

2 Comienza desde hoy á hacer oracion todos los dias en alguna iglesia ó delante de algun altar dedicado á Sta. Ana. Despues de ponerte á ti y á tu familia debajo de su proteccion, comulga en reverencia de la Santa, y renueva esta especie de dedicacion. Ten su imagen en tu oratorio ó en tu cuarto; rézala cada dia la oracion que usa la Iglesia en honra suya, y celebra el dia de su fiesta todos los años con nuevo fervor y devocion. En este dia nunca dejes de confesar y comulgar, para que la sean mas gratas tus oraciones. Es piadosa devocion ayunar el dia antes de su fiesta, y no es menos provechosa la de vestir cada año alguna pobre doncella, ó hacer alguna limosna en honor suyo.

DIA XXVII.

MARTIROLOGIO.

EL MARTIRIO DE SAN PANTALEON, médico, en Nicomedja; al cual por seguir á Jesucristo mandó prender el emperador Maximiano, y ponerle en el potro, y despues abrasarle con hachas encendidas; pero apareciéndosele el Señor, y fortaleciéndole en medio de los tormentos, por último consumó el martirio siendo degollado. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN HERMOLAO, presbítero, en la misma ciudad, el que convirtió á la fe á S. Pantaleon: tambien los santos HERMIPO y HERMÓGRATAS, hermanos, á los cuales despues de muchos tormentos, mandó degollar el mismo emperador Maximiano por la fe de Jesucristo.

LOS SANTOS MÁRTIRES FELIX, JULIA Y JUCUNDA, en Nola.

LOS SANTOS MÁRTIRES MAURO OBISPO, PANTALEEMON Y SERGIO, en Biselli en la Pulla, que padecieron en tiempo del emperador Trajano.

LA CONMEMORACION DE LOS SANTOS MÁRTIRES, que en tiempo del tirano Dunaan, fueron quemados por la fe de Jesucristo, en los Homéritas en la Arabia.

LOS SANTOS MÁRTIRES JORGE DIÁCONO, FELIX, AURELIO, NATALIA (despues SABIGOTO), Y LILIOSA, en Córdoba en España, en la persecucion arábiga. (*Véase su historia en las de hoy.*)

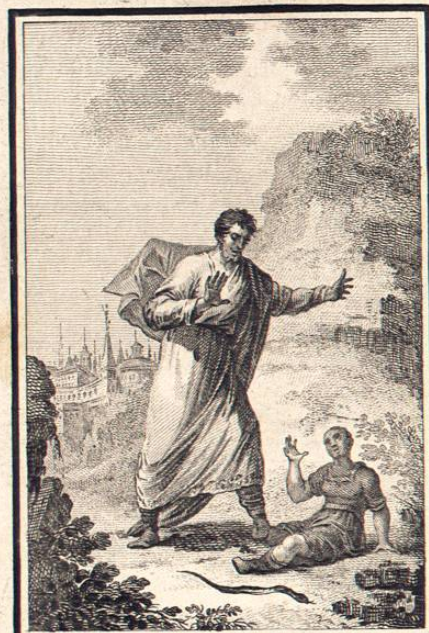
EL TRÁNSITO DE LOS SIETE SANTOS DURMIENTES MAXIMIANO, MALCOS, MARTINIANO, DIONISIO, JUAN, SERAPION Y COSTANTINO, en Efeso.

LA DICHOSA MUERTE DE SAN ETERIO, obispo y confesor, en Auxerre.

SANTA AUTUSA, virgen, en Constantinopla, la cual en tiempo del emperador Constantino Copronimo, porque defendia el culto de las sagradas imágenes, fué azotada, desterrada, y murió en el Señor.

SAN PANTALEON, MÁRTIR.

FUÉ S. Pantaleon uno de los mas ilustres mártires de la fe de Jesucristo, y nació en Nicomedja de Bitinia, ciudad que el emperador Diocleciano habia escogido para su residencia. Su padre Eustorgio era gentil, y su madre Eubula era cristiana. Aprovechóse la madre con destreza de las bellas disposiciones de corazon y de entendimiento que reconoció en su hijo para darle desde su niñez la primera tintura de la religion cristiana; pero habiendo muerto antes que Pantaleon tuviese edad para aprovecharse de sus instrucciones, tomó Eustorgio á su cargo la educacion del niño; y como era uno de los mas obstinados paganos de Nicomedja, tuvo gran cuidado de inspirar á su hijo una grande



S. PANTALEON, M.

aversion al nombre cristiano, y de imbuir bien su entendimiento en las supersticiones gentílicas. Viendo el padre la inclinacion que mostraba Pantaleon al estudio de las ciencias, no perdonó á medio alguno para que se instruyese en las mas amenas, y tuvo el consuelo de verle sobresalir en breve tiempo tanto en letras humanas como en filosofia; pero sintiéndose muy inclinado á la medicina, se aplicó particularmente á ella. Hizo tantos progresos en esta facultad, que muy en breve fué Pantaleon uno de los médicos mas hábiles que habia en Nicomedia; tanto, que movido el emperador Galerio Maximiano, asi de su reputacion, como de su ingenio, de la suavidad de sus costumbres, y de sus cultos y cortesanos modales, le nombró por su médico ordinario.

Era muy á propósito para borrar de su corazon hasta los mas leves vestigios del cristianismo que pudiesen haber estampado en él las piadosas instrucciones de su madre la precision de asistir á la corte de aquel principe; pero por dicha suya le dispuso la bondad del Señor un auxilio que no esperaba, y fué bastante para que volviesen á rayar en su alma aquellas primeras luces.

Tuvo ocasion de hablarle en cierto dia un santo presbitero llamado Hermolao, y enamorado de su bello genio y de su espíritu, de su afabilidad y de sus gratisimos modales, así por esto, como por su conversacion, y por su fisonomia, sospechó que Pantaleon habia tenido mejor escuela que la comun de los paganos. Retiróle aparte, y le dijo que deseaba hablarle mas despacio. Consintió Pantaleon, y apalabrado el dia y el lugar concurrieron ambos al sitio señalado. Rompió Hermolao la conversacion diciéndole: *O yo me engaño mucho, ó á lo que me parece descubrir en tu modo y en tu semblante, tú solo eres gentil por costumbre, por bien parecer, ó por razon de estado; pero ni tu entendimiento ni tu corazon han sido siempre paganos. Confieso, respondió Pantaleon, que soy hijo de madre cristiana, y que ésta me comenzó á instruir en las máximas de su religion; pero murió muy presto, y no tuve tiempo para ser cristiano. Segun eso, replicó Hermolao, no eres idólatra por elección; ¿pero un hombre de tu capacidad en materia de religion se ha de dejar llevar de la corriente? Hasta ahora, respondió Pantaleon, solo he pensado en estudiar mi medicina. Y en ella has adelantado mucho, prosiguió Hermolao, haciéndote médico famoso; ¿pero de qué te sirve la ciencia de la salud, si ignoras la de la salvacion? Créeme que Jesucristo es distinto maestro que Galeno y Esculapio; estos dan unos preceptos muy limitados, y mucho*

mas dudosos para conservar una salud que al cabo se ha de perder; pero la doctrina de nuestro divino Maestro da la vida, y una vida que en el cielo dura eternamente. Reconociendo Hermolao que sus palabras hacian impresion en Pantaleon, le esplicó los misterios de nuestra santa religion con tanta claridad y con tanta energia, que el médico se mostró casi convencido; prometiéndole al zeloso catequista, que para la segunda conferencia traería pensado lo que debía hacer, pues realmente conocia que para ser feliz era menester ser cristiano.

Cuéntase que paseándose un dia á tiempo que iba revolviendo en su pensamiento la mudanza que trataba de hacer, encontró en el camino á un niño muerto por la mordedura de una víbora, y junto al cadáver la víbora que le habia mordido. Animada su confianza con aquellos como crepúsculos de la fe de Jesucristo, le ocurrió de repente hacer la esperiencia de si era tan grande su poder como le habia ponderado el presbitero cristiano. Acercóse al niño, y en tono determinado y resuelto, le dijo: *Levántate tú, muerto; así te lo mando en nombre de Jesucristo: y tú, animal ponzoñoso y maligno, muere al instante.* En el mismo punto murió la víbora, y resucitó el niño; y asombrado Pantaleon del milagro, corrió al santo catequista; refirióle lo que le acababa de suceder, y le pidió el bautismo.

Recibióle, y no le cabia el gozo en el pecho al verse ya cristiano. Estaba impaciente por hacer participante á su padre de la misma dicha, y verle convertido; pero conociendo su obstinacion y encaprichamiento en el paganismo, le pareció preciso contemporizar, y valerse de alguna industria para convencerle. Dejose ver delante de su padre con un aire triste, taciturno y pensativo; preguntóle el viejo cual era el motivo de su melancolia. Señor, le respondió Pantaleon, arrancando un profundo suspiro, *las extravagancias de nuestra religion me traen turbado, y me tienen revuelta la cabeza. Si nuestros dioses fueron hombres, ¿por qué arte se hicieron dioses? Por otra parte, no se puede negar que ofrecemos sacrificios á unos idolos, que ni tienen ojos para ver lo que los ofrecemos, ni orejas para oír lo que los pedimos. A esto se añade lo que estamos viendo; del mismo metal de que se fabrican las ollas se fabrican los dioses; y no pocas veces habeis visto vos mismo que los que hoy eran dioses, á quienes ofrecíamos incienso, mañana son ollas en que se cuece el potaje.* No sabiendo el viejo qué responder, se mostró dudoso y titubeante; mas para convertirle era menester un milagro. Vino un ciego en busca de Pantaleon, y quejóse de que los otros médicos por curarle un mal que padecía en los ojos, á fuerza de

remedios le habian dejado sin vista. Ofrecióle Pantaleon que al instante la recobraría, y le pondría bueno, como le diese palabra de abrazar la religion cristiana. Sorprendió tanto al ciego como al padre la proposicion; pero el milagro los convirtió á entrambos. Apenas hizo oracion el Santo, invocando el nombre de Jesucristo sobre el enfermo, cuando quedó sano, y los dos recibieron el bautismo.

Con la conversion del padre aun se enervorizó mas el hijo; porque habiendo llamado Dios á sí al buen viejo, luego que Pantaleon se vió heredero de todos sus bienes, los vendió, y repartió el precio entre los pobres. Es verdad que continuó con la profesion de médico; pero de médico divino, que curaba las enfermedades del alma, curando milagrosamente las del cuerpo, y por medio de su industrioso zelo creció prodigiosamente el número de los fieles.

Pero la gran reputacion que se habia adquirido nuestro Santo con sus milagrosas curas, escitó la emulacion y la envidia de los médicos. A breve tiempo descubrieron que era cristiano, y al punto le delataron al emperador Maximiano, que se hallaba á la sazón en Nicomedia. Sorprendido estrañamente el principe al ver que mantenía en su misma corte á un enemigo de sus dioses, quiso informarse de la verdad por sí mismo; y para que Pantaleon no la negase, ó para tener con qué convencerle si la pretendía oscurecer, examinó por su persona al ciego que habia curado el Santo; y metia mucho ruido en la ciudad. El nuevo cristiano refirió sencillamente cuanto habia pasado; y que el médico Pantaleon le habia restituido la vista sin otro medicamento que invocar el nombre de Jesucristo. Intentó persuadirle el emperador que aquel beneficio le debía á los dioses del imperio. ¡Ah señor! le replicó el ciego, *¿cómo quiere vuestra majestad que me restituyesen la vista unos dioses que no ven?* Irritó tanto á Maximiano esta animosa respuesta, que mandó le cortasen al punto la cabeza.

No dudando ya de que era cristiano Pantaleon, le mandó llamar; y en tono airado, pero en que se dejaba traslucir la estimacion, y aun el amor que profesaba á su médico ordinario, le dijo: «Nunca creyera que el hombre á quien mas he colmado de honras y de bienes en mi corte fuese el mayor enemigo de los dioses del imperio. — Confieso, señor, respondió Pantaleon, que desde que Dios me hizo la gracia de darme á conocer las supersticiones del paganismo, concebí un soberano desprecio de esos demonios que vosotros llamais dioses: ¿cuál es su poder, su soberania; ni su duracion? No hay entre ellos ni uno siquiera de

cuyo nacimiento y origen no tengamos noticia; no se ignoran sus flaquezas, ni sus pasiones; sábense hasta sus maldades y sus vicios; la impiedad y la locura de los hombres convirtió en dioses los hombres mas malvados.» Viendo nuestro Santo que el emperador estaba como cortado, aunque salia á los ojos la cólera que ardía en el corazón, se adelantó á hacerle una proposicion que fué recibida con general aplauso de todos los circunstantes.

«Y para que vuestra majestad se desengañe, añadió Pantaleon, de que todas esas deidades son unas estatuas muertas, y no mas, y que solo es verdadero Dios el Dios de los cristianos, tráigase aquí á vuestra presencia un enfermo desahuciado de todos los médicos, invóquense vuestros dioses para que le sanen, ofrézcaseles sacrificios, y veremos si tienen poder y habilidad para curarle; yo invocare á Jesucristo mi Salvador, con una segura confianza de que luego que haya pronunciado su santo nombre, quedará enteramente sano.»

Como todos interesaban tanto en el desafio, no fué posible rehusarle; y así por mas que el emperador se irritó contra Pantaleon, procurando aterrarle con amenazas, fué preciso hacer á su vista la esperiencia del quimérico poder de sus dioses. Trájose á presencia de todo el concurso un paralítico impedido de todos sus miembros mucho tiempo habia: apuraron los gentiles todas sus devociones, sus sacrificios y sus deprecaciones; pero el paralítico se quedó como se estaba: hace oracion Pantaleon á vista de toda la muchedumbre que habia concurrido á palacio; levántase, acércase al enfermo, hace sobre él la señal de la cruz, mándale en nombre de Jesucristo que se ponga bueno, y en el mismo instante se levanta el paralítico, diciendo á voces, que no hay otro verdadero Dios sino el Dios de los cristianos. Hizo este milagro tan maravilloso efecto en el ánimo de los que le vieron, que se convirtió la mayor parte de ellos; y por mas que el emperador se esforzaba á querer persuadir que todo era artificio mágico y encantamiento, no resonaba otra cosa en las calles de Nicomedia que elogios y aplausos del poder de Jesucristo.

Pero enconado Maximiano con las sugerencias de los sacerdotes de los ídolos, le pareció ser preciso desacreditar con el rigor de los suplicios al que respetaba todo el pueblo como á hombre favorecido del verdadero Dios. Mandó, pues, que fuese llevado Pantaleon á la plaza mayor, y que allí á vista de toda la ciudad despedazasen su cuerpo con garfios de hierro, y aplicasen á las heridas hachas encendidas, y que despues le metiesen en una caldera de plomo derretido. Apareciósele el Salvador al principio

de estos tormentos, y le hizo como insensible á tan horriblos suplicios; mas furioso el emperador á vista de tantos prodigios, mandó que atándole al cuello una piedra de enorme corpulencia, fuese precipitado en el mar; pero este elemento tambien le respetó, y le volvió á arrojar sano y salvo á la orilla. Una máquina armada de navajas y puntas de acero, que al primer movimiento naturalmente le habia de hacer trozos, no le hizo el mas leve daño, antes desbaratándose de repente, quitó la vida á muchos gentiles que asistian á aquel nuevo género de suplicio.

A este tiempo dieron noticia al emperador de que el presbítero Hermolao habia convertido á Pantaleon. Con eso se persuadió que si lograba hacer apostatar á aquel buen viejo, presto se pervertiria el mismo Pantaleon con el ejemplo de su maestro y catequista. Mandó, pues, buscar al santo presbítero, y le amenazó con los mas horriblos tormentos si no renunciaba á Jesucristo en aquel mismo punto. No dió otra respuesta Hermolao que reirse de las amenazas del emperador. Comenzóse el interrogatorio, y á las primeras palabras se sintió un temblor de tierra tan violento, que todos consintieron quedar sepultados en las ruinas de los edificios. Dijo el tirano al pueblo, que aquella era señal de la cólera de los dioses; á que prontamente replicó Hermolao: *¿Y qué diriais, señor, si esos vuestros mismos dioses se hubiesen hecho pedazos con el terremoto?* Fúe así; pues apenas acabó el Santo de pronunciarlo, cuando un horrible alarido de los paganos informó al emperador de que todos los ídolos de la ciudad se habian hecho añicos y polvo en la ruina de los templos. Aturdido Maximiano con este suceso, mandó cortar la cabeza á Hermolao, y condenó á Pantaleon al mismo suplicio. Atóle el verdugo al tronco de un olivo; descargó sobre su cuello muchos golpes con el afilado sable; pero ninguno le hirió ni aun ligeramente, hasta que el Santo, con una piadosa impaciencia de ir á recibir en el cielo la recompensa debida á sus trabajos, suplicó á Jesucristo no le dilatase mas la corona del martirio, la que recibió en fin el dia 27 de julio del año de 305; y con él tuvieron parte en la misma gloria los santos Hermipo y Hermócrates, compañeros del santo presbítero Hermolao.

Las reliquias de S. Pantaleon fueron trasladadas de Nicomedia á Constantinopla, y colocadas en el sitio donde se celebró despues el segundo concilio general el año de 381, en tiempo de Teodosio el Grande, por cuyo motivo se llamó el oratorio ó la capilla de la Concordia. Regalóscelas con el tiempo el emperador

del Oriente á Carlo Magno, y éste las trasladó á Francia, venerándose la cabeza en la iglesia de Leon, y el resto en el monasterio de S. Dionisio.

«En la iglesia de las señoras agustinas recoletas del real convento de la Encarnacion de Madrid se conserva dentro de una ampollita de cristal una pequeña porcion de la preciosa sangre de este glorioso mártir, la que se asegura que todos los años milagrosamente se liquida en la vispera y día de su fiesta, concurriendo apresuradamente todo el pueblo á venerar la reliquia, y á ensalzar el poder de Dios á vista de aquel prodigio.»

LOS SANTOS AURELIO, FELIX, JORGE, SABIGOTO Y LILIOSA,
MÁRTIRES.

ENTRE los ilustres mártires de Jesucristo que ennoblecieron á Córdoba con su preciosa sangre, refiere S. Eulogio á Aurelio, Felix, Jorge, Sabigoto y Liliosa, todos dignos de memoria eterna por los gloriosos triunfos que consiguieron de los infieles. Nació Aurelio en aquella ciudad, de padres ricos, iguales en circunstancias y en riquezas, aunque desiguales en la religion, pues el padre era mahometano, y la madre cristiana; cuyos contratos eran harto frecuentes en aquellos calamitosos tiempos en que se hallaban dueños de España los agarenos. Ordenó el Señor para sus altos fines las cosas de este ilustre mancebo, dejándole huérfano de ambos en su niñez, y en poder de una tia suya hermana de su madre, y cristiana como ella, la cual le enseñó la ley de Jesucristo y le educó en la virtud. Y tan profundamente se arraigaron en su pecho los documentos de aquella sierva de Dios, que jamás pudieron arrancárselos ni el ejemplo de los moros, ni la ocasion en que le pusieron los deudos de su padre, entregándole á un maestro que junto con las ciencias de los árabes le enseñase las supersticiones del Alcoran; pero salieronle frustradas sus esperanzas, porque quanto mas trabajaba el maestro en encaminarle á la estima de su profeta, tanto mas adelantaba el discípulo en su odio y desprecio. Disimulábalo empero para no incurrir en la indignacion de sus deudos. Pensaron estos quando Aurelio llegó á la edad competente darle estado, á cuyo efecto le propusieron que escogiese entre varias doncellas iguales á él en riqueza y en calidad. Resuelto Aurelio á no casarse con mujer que no fuese cristiana, suplicaba al Señor se la diese tal que con su ejemplo le ayudase á ser cada dia mas exacto en el cumplimiento de su santa ley. Habia á esta sazón en Córdoba una doncella hija de padres moros y ricos. Siendo ella niña murió el pa-

dre, y la madre casó segunda vez con un caballero cristiano y tan zeloso que la persuadió á abrazar la religion de Jesucristo, é hizo luego bautizar á su hija, y la llamó Sabigoto (*), nombre bastante usado entre los godos. Esta doncella tenia destinada el Señor para esposa de Aurelio, en la cual halló cuantos estímulos deseaba para su verdadero aprovechamiento.

Tenia Aurelio un amigo y pariente muy cercano llamado Felix, el cual con Liliosa su mujer servia á Dios con fervor de espíritu despues que por miedo con gran flaqueza dijo ante el juez que no era cristiano. De esta debilidad suya, muy llorada ya, solia tratar Felix con Aurelio, y ambos se encendian uno á otro en deseo de triunfar de la muerte y de los enemigos de Cristo. Acrecentaban este fervor las dos santas esposas Sabigoto y Liliosa, ofreciéndose á seguirlos en una empresa tan gloriosa.

Reinaba por este tiempo en Córdoba Abderramen II, de cuya ferocidad hemos hablado otras veces. Bajo el yugo de este tirano gemia aquella iglesia, quando un dia hallándose Aurelio en la plaza del palacio real, oyó grande alboroto y tropel de gente, y reparándose un poco vió un ejemplo de no menos duelo que provecho para su alma. Venia montado en un jumento el santo confesor Juan, abiertas sus carnes, tan cargado de prisiones que el gran peso del hierro trastornaba el aparejo del asnillo: azotábanle los moros con estraña fiereza, mofaban de él y le hacian mil ultrajes, y á voz de pregon iban diciendo que aquel castigo se le daba por no haber querido renegar de Jesucristo.

Lastimado y admirado quedó Aurelio con este espectáculo, herido de amor para con aquel Señor que así triunfa en sus siervos, avergonzado de su gran flaqueza, codicioso de la palma que aquel santo confesor tenia tan merecida. Y como si para ejemplo suyo solamente se hubiera ordenado aquel martirio, iba encendiéndose en el corazon de Aurelio el deseo de dar la vida por Cristo. Vuelto á su casa refirió á Sabigoto su mujer lo que habia visto en la plaza, y los deseos que le infundia el Señor: hizola las mas santas reflexiones sobre el mérito de la confesion pública de nuestra santa fe, y animados de un mismo espíritu, convinieron en comenzar desde aquel instante una vida enteramente santa, para disponerse al martirio. Con esta mira gastaban muchas horas del dia y de la noche en oracion: velaban, ayunaban, tratábanse con suma aspereza, dormian poco y sobre el duro suelo, sin otro reparo que un áspero cilicio, que mas servia de

(*) Antes de ser bautizada Sabigoto tuvo por nombre Natalia, el cual se le da en las actas de S. Eulogio publicadas por Surio.

tormento que de descanso. Distribuían llenos de caridad entre los pobres grandes limosnas, y visitaban á los encarcelados para socorrerlos en sus aflicciones, cuyos oficios piadosos ejecutaban particularmente con aquellos fieles, que estaban cercanos á ofrecer su vida en sacrificio por amor del Señor, entre los cuales refiere S. Eulogio por aquel tiempo á las dos ilustres vírgenes Flora y María presas por la fe.

Concurrían Aurelio y Sabigoto con mucha frecuencia á visitar á las dos insignes heroínas de nuestra religión; no tanto para consolarlas en los trabajos de la prision, cuanto para animarse con el ejemplo de su fortaleza á seguir sus acertados pasos. Sabigoto se quedaba muchas noches acompañando á Flora y á María, ensayándose con sus santas conversaciones á padecer; y acercándose el tiempo de sus combates, las suplicó encarecidamente que estando como estaban próximas á disfrutar la eterna felicidad, rogasen á Dios que la llevase con su esposo á su vision beatífica por el mismo medio que ellas se conducían. Resuelto en fin Aurelio á dar la vida por Cristo, consultó con S. Eulogio sobre lo que debía hacer así de su cuantioso caudal, como de las dos hijas que tenía, una de cinco y otra de ocho años. Dióle el santo doctor el consejo que le dictó su grande sabiduría, tanto en orden á la distribucion de sus bienes, como para la seguridad de las dos niñas, las que le ordenó colocase en el monasterio Tabanense, encargándolas al cuidado de la insigne abadesa Isabel, mujer del ilustre mártir Jeremías, ambos fundadores de aquella célebre casa. Ejecutólo Aurelio puntualmente, y desembarazado de todos los impedimentos que podían estorbar su generosa resolucion, solo pensaba disponerse con su esposa al fin deseado.

Consumaron su feliz carrera Flora y María con la corona del martirio, y queriendo el Señor alentar el fervor de Sabigoto por medio de aquellas heroínas, se la aparecieron rodeadas de espíritus celestiales, y le aseguraron que ella y su esposo, acompañados de un monge del Oriente, darian en breve la vida por Jesucristo. Otra revelacion del triunfo que la aguardaba, tuvo tambien por medio de una sierva de Dios á quien habia ella visitado en su última enfermedad. De todos estos favores de nuestro Señor daban cuenta estos esposos á sus deudos Felix y Liliosa, los cuales no menos ansiosos que ellos de disfrutar la eterna felicidad, distribuyeron igualmente sus bienes entre los pobres, para quedar desembarazados de semejantes impedimentos.

El monge que Dios tenia guardado para compañero de nuestros Santos en la corona del martirio, se llamaba Jorge, era natural de Belen, desde jóven gustó de la virtud y abrazó el estado

religioso en el monasterio de S. Sabas, poco distante de Jerusalem. Vivió en aquel seminario de santos por espacio de veinte y siete años; pero habiendo quedado reducido aquel monasterio á una suma pobreza por la irrupcion que hicieron los moros en la Tierra Santa, le envió el abad David al Africa á buscar entre los cristianos algunas limosnas para el sustento de los monges, que eran quinientos. Pasó Jorge al Africa, donde dominaban tambien los moros, y era tan corto el caudal de los fieles de aquella tierra; que Jorge se vió obligado á pasar á España con acuerdo de su abad, y mas por disposicion de Dios que por estos pasos le guiaba á mas alto fin. Era Jorge menospreciador de sí mismo, y estimador de los otros, alegre, fácil, agradable á todos en su trato, humilde y sencillo sin afectacion ni mezcla alguna de vanidad; de estas y otras virtudes suyas da testimonio S. Eulogio que le conóció y trató muy de espacio. Con ser hombre docto en las lenguas griega, latina y arábica, jamás hizo ostentacion de saberlas, y aunque era diácono, siempre se trató como lego, sin declararlo á nadie hasta el tiempo de su martirio. Quiso el Señor dar colmo á los grandes merecimientos de este siervo suyo con la corona de mártir, la cual recibió en compañía de los cuatro ya referidos, y fué de esta manera.

Ocho dias antes de declararse cristianos estos cuatro siervos de Dios, estando Sabigoto en el monasterio Tabanense, llegó á él nuestro monge á despedirse de los hermanos y hermanas que allí vivian, para volver á su monasterio. Dijéronle aquellos monges que no se fuese sin visitar á una sierva de Dios llamada Sabigoto que allí se estaba preparando para el martirio. Lleváronle donde estaba, y en viéndole dijo al punto: Este es el monge que me prometió el Señor por compañero de la pelea. Jorge luego que supo la revelacion que habia tenido del cielo, se hincó de rodillas y le rogó le alcanzase de Dios esfuerzo para llegar á lo prometido. Quedóse allí el monge aquella noche, y en una vision que tuvo, le pareció que veia á Sabigoto dándole un perfume de suavísimo olor. Al dia siguiente volvieron juntos á Córdoba, y entrando en su casa conóció á Aurelio, y de rodillas le pidió que rogara á Dios le hiciese digno de acompañarles en su batalla. Tambien encontró allí á Felix y Liliosa.

Entonces todos unánimes en el noble pensamiento, comenzaron á deliberar sobre el medio de presentarse al combate, y acordaron que Sabigoto y Liliosa fuesen públicamente á la iglesia, sin taparse el rostro como acostumbraban las mujeres cristianas, de suerte que pudieran ser conocidas, para dar así motivo á los agarenos á que las delatasen al juez. Ejecutáronlo así, y dela-

tadas en efecto, hizo llamar el juez á Aurelio y á Felix, y les preguntó, qué significaba la frecuencia de sus esposas al templo de los cristianos; á lo que respondieron: es costumbre de los cristianos visitar en las iglesias los sepulcros de los mártires, y como nosotros lo somos seguimos esta piadosa costumbre. El juez oído esto, los denunció por renegados al consejo del rey. Mientras se proveía el auto de prision, Aurelio pasó al monasterio Tabanense á despedirse de sus hijas. Luego en el mismo día que los encarcelaron, antes de amanecer visitó á S. Eulogio en su misma casa, pidiéndole el favor de sus oraciones en aquella primera suerte de su pelea.

Determinada la prision corrieron los ministros del rey á la casa de Aurelio, y de sus ilustres compañeros: llegaron con tropel y con algazara, y comenzaron á decirles con grandes voces: «Salid acá, miserables, salid á recibir la muerte que os espera, pues parece que la teneis por gloria, y os molesta la vida.» Salieron los cuatro siervos de Dios Aurelio, Felix, Sabigoto y Liliosa llenos de regocijo á presentarse á los emisarios; pero dejando estos á Jorge por no ser de los citados, poniéndose delante de ellos el célebre monge, les dijo con generosa resolución: «¿Por qué tratais de esta suerte á los cristianos, queriéndoles obligar á que profesen una secta llena de errores y de falsedades? ¿acaso no podeis vosotros solos perecer en el infierno, sin llevar á los siervos de Dios? id á padecer tormentos eternos en compañía de vuestro maldito profeta.» Enfurecidos los moros al oír semejante reconvencion, descargaron furiosos golpes sobre el inocente monge, dejándolo por muerto en el suelo; y llegándose á él la ilustre matrona Sabigoto compadecida de él, le dijo: «Levanta, padre, y vamos á padecer por amor de Jesucristo.»

Luego que estuvieron todos ante el tribunal, el juez con blanda les preguntó, ¿por qué causa habian dejado su ley, y querian morir afrentosamente con pérdida de su honra y hacienda, siendo ella tan grande, cuando podian lograr todas las comodidades de esta vida, y despues los deleites prometidos en su Alcoran? Ellos á una voz respondieron: No hay honras ni riquezas, ni deleites en el mundo, que puedan compararse con las que tiene preparadas Jesucristo á los que le confiesen ante sus enemigos, pues todo lo que contradice á su santa ley es error y falsedad. Sintió el juez la respuesta de los santos, y como eran personas tan distinguidas, emparentadas con los principales de Córdoba, se abstuvo en sentenciarlos hasta dar parte al consejo del rey, interin lo cual mandó ponerlos en la cárcel cargados de prisiones, en la que se mantuvieron cinco dias ocupándose en fervorosas ora-

ciones y en alabanzas divinas. Revelóles el Señor el dia de su glorioso combate, y asegurados de la victoria, deseaban con vivas ansias dar al mundo pruebas públicas de la constancia de su fe. Sacáronles por último al consejo del rey, donde fué de nuevo solicitada su constancia con ruegos, con ofrecimientos de grandes riquezas y honras: añadian amenazas, todo sin fruto; mas deseaban ellos de verlas cumplidas, que ánimo los jueces para cumplirlas. Mandaron degollar á los cuatro, dando por libre á Jorge; mas luego que él oyó la sentencia, reclamó de ella diciendo: «¿Por qué me esceptuais de la pena, siendo una misma la causa de todos? ¿acaso es por no haberme oído hablar mal de vuestro profeta? pues sabed que yo no puedo decir, ni juzgar de él otra cosa, sino que fué un maestro de perdicion; y el ángel que creeis que le dictó su ley fué el demonio, que como padre de la mentira hizo que os la enseñase en su ridículo Alcoran. El fué el infame precursor del Antecristo, la vileza del mundo, y el promotor de los mas torpes vicios.» No le dejaron los magistrados proseguir su discurso, y mandaron que lo degollasen juntamente con Aurelio, con Felix, con Sabigoto y con Liliosa.

Primero dió la vida S. Felix, luego S. Jorge y Sta. Liliosa, y últimamente los santos Aurelio y Sabigoto. Fué esta señalada victoria de la gracia de Dios, el año 852 á 27 de julio. Tres dias estuvieron los santos cuerpos en el patíbulo; luego los recogieron los cristianos y los depositaron en varias iglesias, á fin de enriquecerlas con tan preciosas alhajas. A los de Aurelio y Jorge llevaron al monasterio de la Peña de la Miel, llamado S. Salvador, fundado por los padres de Sta. Pomposa á cuatro millas de la ciudad. El de Felix fué enterrado en el de S. Cristóbal; Sta. Sabigoto en la iglesia de los tres santos Justo, Januario y Marcial, que estaba dentro de Córdoba, y Sta. Liliosa en la de S. Ginés, donde permanecieron en grande veneracion. Despues por los años 1070 poco mas ó menos llevó el conde Fernán-Gomez de Carrion el cuerpo de S. Felix con el de S. Zoilo al monasterio de religiosos beneditinos de Carrion, en el que está en dos arcos de plata sobre el altar mayor; y los de Aurelio y Jorge fueron trasladados al de S. German de París por los años 858, de cuya traslacion hacen memoria en el dia 20 de octubre varios Martirologios, y el cardenal Baronio en las anotaciones al romano.

SANTAS JULIANA Y SEMPRONIANA, VÍRGENES Y MÁRTIRES.

ENTRE las muchas heroínas que testificaron con su sangre nueva santa fe en España, brillan en el principado de Cataluña